

JOSÉ DE LA TORRE ALCOCER

*N*ació en San Luis Potosí, el 2 de julio 1950. Estudió la licenciatura en Medicina en la universidad autónoma de esa entidad. Hizo una especialidad en Cirugía General y estudios de maestría en Educación Superior en la UAA. Enseñó por muchos años y ahora está felizmente jubilado. También fue subdirector médico del IMSS y fundador y editor de las revistas *Lux Médica* y *Ars Médica*. Como escritor, publicó *Ajuste de cuentos* y *Reajuste de cuentos* (reedición). A raíz de la pandemia, se sumó con destacada participación a las reuniones virtuales de La Cofradía.

Al encuentro del covid

Salí de la casa con mi maleta, algunos libros y la computadora. Mi mujer gesticuló, gritó y cerró de un portazo.

Prefiere refugiarse en su paranoia pandémica y rechazar cualquier argumento diferente. Pues bien, luego de discusiones interminables, cansado de insistir, decidí terminar la cuarentena. Así de simple y complicado.

Me voy a infectar —me dije—, a contagiar, aceptar el reto y partírle su estructura con mis anticuerpos naturales. Asumo el riesgo. Confío en mi vitalidad, a pesar de los 70 cumplidos. Me siento apto para enfermar, sanar y volver a vivir sin miedos y precauciones.

Adriana —mi amiga enfermera— está convaleciente del covid-19. Me enteré, se lo propuse y aceptó, para mi sorpresa y regocijo. Siempre me había gustado su forma de mirar, entre divertida e interesada, una sonrisa confusa y decidida al mismo tiempo. Así que un café llevó a la copa y a la cama y a sueños y afanes compartidos.

Hasta que llegó la pandemia y nos dejamos de ver. No pudimos despedirnos cuando sus labores en el hospital nos separaron hace ya casi dos meses. Ella se infectó la semana pasada en terapia, donde es intensivista y la mandaron a casa. Sus 28 años la tienen en obligado encierro, pero hermosa y sana.

—Contágame, mi niña... Antes de que seas inmune —le pedí por teléfono.

—¿Estás seguro? —del otro lado de la bocina se ahoga un suspiro, y a continuación, sin más, me dice:

—¿A qué hora llegas?

—Voy para allá...

—¡Tráete tus cigarros y unas botellas de ron...!

Y aquí estoy, enfermo de amor y del coronavirus 19.

Adriana es insaciable y pronto me infecté, afortunadamente, sin mayores consecuencias. Como ella, un poco de fiebre, malestar y la tos, que pasaron pronto.

Ahora, cuando salimos a la calle y nos atrevemos –inmunes– a disfrutar el universo, no puedo sino agradecer al virus la recuperación de mi existencia.

COVID: la batalla cotidiana

A los compañeros caídos en batalla.

1

Suena la alarma y Juana María se levanta con premura, como todos los días, apenas clareando las cinco de la mañana. Luego del baño prepara un frugal desayuno y lo consume de pie, mientras dispone lo necesario para el almuerzo y comida de los hijos. Hace mucho no convive con ellos y agradece que sean autosuficientes. Las cosas terribles que ha visto en Urgencias de la Clínica 1 –donde es afanadora– la obligan a guardar la distancia estricta y el uso de mascarilla los pocos ratos que platican a gritos, ríen, lloran, se pelean y siguen en lo suyo.

Ahora duermen mientras ella recorre las calles desiertas tras el amanecer nublado.

En el reloj checador son las 6:55. Apenas reconoce a sus compañeros con el cubrebocas. A la distancia, en la fila que avanza con rapidez –mientras se frota gel alcohol en manos, boca y nariz–, escucha que Lolita, la enfermera con quien platica a diario de sus hijos mientras barre y trapea cerca de los niños enfermos –ella tan amable y sonriente con todos–, estaba internada en terapia intensiva. Sintió un golpe profundo de tristeza, rabia y confusión. Apenas la semana pasada le recomendó no acercarse a los hijos y juntas lamentaron la frustración de no poder abrazar a los nietos.

Con pesadumbre, pero más atenta que nunca, sigue por los pasillos escondiendo una lágrima que amenaza con humedecer

la mascarilla. Recuerda a su madre enferma en el rancho, a la que sólo ha visto de lejos, una vez, en los últimos seis meses.

En la fila para entrar a la *aduada*, que en realidad son los vestidores –con toda la parafernalia de protección y cuidados especiales–, los comentarios se refieren a compañeros y familiares enfermos. Cuando llega su turno viste con cuidado la indumentaria que habrá de llevar las siguientes horas sobre el uniforme azul. Mientras afirma con precisión los *goggles* y sobre ellos la careta de protección, procura no dejar descubierto el más mínimo resquicio donde el virus pueda colarse. Sonríe al compañero monitor que la revisa y le da luz verde con el pulgar, le devuelve apenas el guiño arrugando los ojos.

Adentro, el calor es intenso. Médicos y enfermeras se miran y se comunican sin hablar; el ruido monótono de los ventiladores y el bip agudo de los aparatos resulta –por momentos– ensordecedor. Detrás de los uniformes esconden la tristeza y desazón de encontrar lleno el servicio y mucha gente afuera –con el pánico escondido en rostros enmascarados– esperando resultados que marcarán su existencia.

Apenas queda tiempo para hacer el trabajo. Hay dos aislados para limpieza total: dos muertes del último turno pendientes del proceso complicado –y de alto riesgo–, de disponer los cadáveres y dejar el espacio listo para ocuparse de inmediato. Y el trabajo de rutina: todo se complica por el uniforme, los espacios reducidos y el calor; pero el tiempo pasa rápido. Mirar tanta gente enferma sufriendo y muriendo ayuda a sobrevivir.

Al doctor Benjamín, jefe de Urgencias, tampoco lo han visto. Salió positivo al coronavirus la semana pasada y ya no regresó. Dicen que está enfermo en su casa. Lo confirma el chofer –con quien se cruzó mientras trapeaba el pasillo de las ambulancias– que le lleva el tanque de oxígeno. La tristeza se convierte en preocupación mientras las horas avanzan y no deja ni un momento de llegar más y más gente. Las camas ahora están llenas y los espacios para terapia intensiva saturados, lo

cual convierte a Urgencias en una terapia intermedia, con enfermos graves en espera de pasar al piso o... morir. Como los últimos dos del turno de la noche.

Por fin son las 14:30. Casi sin sentirlo, se acerca la hora de salida. A pesar de que su trabajo le entusiasma –está decidida a terminar su carrera pendiente de enfermería–, Juanita no deja de sentir un gran alivio mientras se despoja de su ropa y sigue los pasos del protocolo: baño y rocío con sustancias antisépticas. Se viste el uniforme de calle y, antes de salir, se detiene un momento frente a la Virgen de Guadalupe en el altar improvisado por devotos.

En esos momentos de reflexión y alivio, luego de rezar por los compañeros enfermos y fallecidos, sabe que no es lugar para lamentarse. Ya podrá pensar y meditar más tarde, cuando la noche y la almohada la conduzcan al siguiente amanecer de la interminable pesadilla.

2

Benjamín escribe en la computadora mientras observa de reojo la tomografía de la señora Pérez. Las extensas zonas de infiltrado pulmonar no dejan lugar a dudas: COVID-19. Es el quinto caso diagnosticado y apenas es miércoles. Y cada vez llegan con cuadros más avanzados...

Estornudó y la mascarilla dejó un olor diferente. El escozor de la garganta es mayor que ayer... Y el cansancio... ¿por no dormir lo suficiente?

Terminó de escribir las indicaciones para internar a la enferma en el último aislado disponible. Se despojó con desgano de los elementos del pesado uniforme, pidió un termómetro y se lo colocó en la axila mientras, desplomado en la silla, estampó su firma y recogió lentamente sus cosas. Había algo incómodo en su pecho desde la mañana y un poco de escalofrío.

—Hasta mañana —se despidió con prisas.

—¡El termómetro, doctor...!

—¡Perdón...! Casi me lo llevo puesto con las prisas. 38.2.

La enfermera no se fijó en la marca y apenas respondió al saludo del médico que parecía arrastrar los pies rumbo al estacionamiento. Encendió el auto y despertó a la realidad. *Fiebre. Tengo fiebre.* Entonces apagó el auto y descansó por momentos su cabeza en el respaldo. Bajó del vehículo y entró por Urgencias hasta el laboratorio.

—Necesito hacerme la prueba, compañera. Después le traigo la solicitud.

—Se ve un poco enfermo, doctor.

—Así es. Mucho cuidado al tomar la muestra, no te vaya a contagiar. Ja, ja, ja.

—Ay, doctor... Ojalá no sea positivo. ¡Ya verá...!

Pero sí fue positivo. Pasó a Rayos X y no necesitó esperar el resultado de laboratorio luego de observar su propia tomografía en la computadora. El radiólogo fue inmisericorde y él no pudo sino estar de acuerdo:

—Traes una neumonía muy agresiva.

A partir de entonces, Benjamín perdió un poco la noción del tiempo. Marcó al celular de Francisco y le informó:

—Pancho, tengo neumonía por coronavirus. Voy para la casa. No me voy a hospitalizar... todavía. Ok, ahí te espero. ¡Gracias!

Colgó y manejó como autómata hasta su casa.

En el camino, una y otra vez en su mente alucinada repasó en cámara lenta el momento del contagio.

El teléfono había sonado en la madrugada —la semana pasada— y la voz de la enfermera era de angustia. Paciente en paro. Colgó y se dirigió a toda velocidad rumbo a la clínica. No le importaron los semáforos en rojo. A esa hora (tres y media de la mañana) no hay casi autos en las calles. Se trataba de un paciente de edad con sobrepeso y un problema cardíaco: pro-

bable infarto agudo. La escena en Urgencias era dantesca. Un enfermero reanimaba al enfermo casi arriba de su tórax, mientras el médico de guardia administraba oxígeno por mascarilla. Las enfermeras rondaban con prisa acercando lo necesario para la reanimación.

—¡Doctor Benjamín...! Qué bueno que llegó tan rápido. ¡Creo que ya tenemos trazo...!

Sin perder tiempo se colocó la careta y los *goggles*, y procedió a realizar una intubación rápida y efectiva. El electrocardiógrafo señalaba arritmias y extrasístoles, pero mejoró la presión arterial y todo parecía bajo control. En minutos, el enfermo reaccionaba favorablemente... ¡faltaba la sonda nasogástrica...!

Golpeó el volante con disgusto reviviendo la escena. Aceleró y maldijo nuevamente... Ahí fue donde —en las rápidas maniobras— se desconectó el tubo corrugado y el paciente tosió con fuerza. Sintió la mascarilla humedecida y buscó la careta... *¿Dónde estaba la careta? ¡La careta!* El enfermo se recuperó, pero las radiografías revelaron que padecía también COVID-19. Él sabía que se había infectado. Siempre lo supo desde entonces.

En casa, su esposa y las niñas estaban dormidas. Llenó un vaso de agua y lo primero que hizo fue sacar de la bolsa unas aspirinas que encontró en el auto y se las tomó de un trago. Entonces se sintió verdaderamente enfermo.

Francisco, su compañero de especialidad y buen amigo, llegó con medicamentos y recomendaciones.

—¿Seguro que no quieres internarte? Con dificultades, pero quizá consiga una cama en el Hospital.

—Prefiero esperar un poco... quiero ver si lo controlo...

—Traes 89 de oximetría.

—Yo te aviso si baja más.

—¿Estás seguro? Estamos viendo evoluciones muy rápidas. Tú lo has vivido.

—Tengo buen médico. Gracias por preocuparte, pero saldré adelante.

—Estaré al pendiente y te enviaré un tanque de oxígeno. Más vale que lo tengas a la mano.

—Gracias. Espero no necesitarlo.

Pero necesitó no sólo el oxígeno, sino venoclisis y cuidados de enfermería otorgados por su esposa, ama de casa recién habilitada.

Al principio no aceptó siquiera la mínima aproximación, por temor a contagiarse y a las niñas. Luego acordaron una sana distancia y exageraron las precauciones.

Fueron tres días y tres noches de incertidumbre y zozobra. Los períodos de fiebre persistente, el dolor en todas partes y la sensación de falta de aire. La sola imagen de sí mismo con la sonda en la boca, conectado a un ventilador sin saber si saldría adelante, consciente de su obesidad e hipertensión.

A pesar de haber atendido a tantos enfermos, de sus recorridos por el internet asimilando todo el conocimiento generado del mundo, este maldito bicho sigue siendo una incógnita.

Ocho días fueron suficientes para su total recuperación. Cuando parecía que tardaría semanas en recuperarse, de pronto desapareció la fiebre y pudo levantarse de la cama. Cuando pudo hacerlo, decidió regresar y aplicar su experiencia, aprovechando el tiempo que permanecerá inmune... ¿Para siempre? Eso está aún por verse.

3

Lolita abrió los ojos y sus primeras percepciones fueron un intenso dolor en la garganta y el ruido ensordecedor de los monitores.

—¡Te vamos a extubar...! —escuchó muy lejos.

—¡Lolita...! ¡Respira tranquila...! ¡Abre la boca! ¡Te van a retirar el tubo!

Y luego nada... Un sueño profundo y la duermevela de la que por momentos emerge poco a poco.

Entre imágenes borrosas y voces desarticuladas, llega a su memoria su llegada al hospital. En Urgencias no parecía tan enferma. El médico le pidió esperar el resultado del estudio ya internada. Su respiración era dificultosa y la fiebre no bajaba. Pero decidió ir a casa prometiendo volver si las cosas empeoraban. Tenía que organizar todo y despedirse de su marido y sus tres hijos. No hubo que esperar mucho. Esa misma madrugada pidió la ambulancia y no recuerda nada desde entonces.

A pesar de su confusión, poco a poco se instala la alerta. Pretende moverse y no logra siquiera desplazar su mano. Está bocabajo: decúbito prono. Los tubos nasales se sienten fríos y lastiman la nariz. Pero el aire lleno de oxígeno puro es reconfortante. Recuerda sus clases de propedéutica: la ventilación es menos difícil y las secreciones drenarán mejor bocabajo y con la cabeza casi en el suelo. Nunca imaginó lo incómodo que puede ser... Trata de emitir algún sonido, pero la garganta no responde. Su campo visual sólo abarca parte de las sábanas y su mano vendada con tubos y agujas.

El dolor es ahora más intenso y consciente. Cierra los ojos y logra perderse en un sueño obnubilado.

—¿Qué hora es? ¿Qué día? ¿Cuándo me internaron?

—¿Era lunes?

—Sí era lunes porque...

—¿Y qué más da si fue el lunes o miércoles?

—No sé cuánto llevo aquí, inmóvil y ... ¡muda!

—¡Muda yo!

Si continuamente me reprochan mis compañeros que no dejo de hablar... y ahora muda e inmóvil, mis manos frías y adoloridas, hinchadas por punciones, venas dilatadas y tortuosas...

El ruido que martillea oídos y cerebro, por momentos parece un robot humanoide que se eleva como alucinación monstruosa...

—Es una máquina, nada más —alguien le explica.

En los escasos momentos de lucidez recuerda su casa y los hijos, ¿cómo estarán?, ¿los cuidará bien Consuelo, mi vecina? Pobre... ¿pobre? Pobre de mí, asfixiándome y esperando... Esperando como los mineros enterrados, como tantos enfermos inconscientes a mi alrededor. ¿Saldré viva...? ¿Lo lograré? No sentía fuerzas ni para pensar.

Una máscara asomó y una voz como en sordina exclamó:

—¡¡Lolita...!!! ¡Soy yo...! ¡Adriana...!

Abrió apenas los párpados y en la penumbra adivinó la sonrisa de dientes blancos de su amiga, saludando como siempre con su mano alzada. Enfocó la mirada y detrás de la careta, los *goggles* y el cubrebocas, reconoció los ojos de su compañera, feliz de poder hablarle.

—¡Casi te nos vas! —soltó su compañera—. ¡Llevas ocho días en terapia!

—Ocho días...

—Duérmete. Es lo mejor. Tus hijos están bien. Acabo de hablar con tu vecina.

Lolita mejoró muy lentamente. Tres días después dejó terapia intermedia y subió al piso. Ahí, el desfile de compañeros y personal era constante. De pronto era una especie de heroína famosa. Los días transcurrieron y hubo de soportar muchos ejercicios respiratorios, largas estadías con mascarilla y más ejercicios respiratorios con amorosa paciencia de los terapeutas, así como el incansable hormigueo de compañeros atendiendo su recuperación.

Cuando por fin fue dada de alta, casi quince días después, aún con oxígeno y en silla de ruedas, todo un comité se formó por los pasillos: entre aplausos y vivas. A la salida se encontraron al doctor Benjamín y Adriana —que empujaba la silla—, se detuvo y exclamó:

—Doctor Benjamín... ¿Ya por aquí...? ¿No debería estar en casa incapacitado?

—Ahora menos que nunca —respondió Benjamín con sonora carcajada.

—¡Somos inmunes! ¡Viva la vida!

Se estrecharon con un abrazo a la distancia y siguieron su camino rumbo a la ambulancia, agitando la mano y el corazón agradecidos.

